

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y los niños? ¡Esperando juguetes!.. Porque es el momento en que deben tenerlos á espuestas los Magos...

Esperando juguetes se pasa la vida, si lo miramos bien, toda la humanidad; no sólo aquella que todavía tiene el derecho de emocionarse ante un caballo de cartón ó una muñeca de biscuit.

Pensad, en efecto, quiénes son más chiquillos. ¿Los que colocan el zapato en la chimenea la noche del 5 de enero, ó los que en el día consagrado de la lotería de Navidad, el 23 de diciembre, aguardan, con el corazón dando brinco, la aparición de la lista grande?

Al ver el rápido y vertiginoso desenvolvimiento de las esperanzas que la lotería fomenta, se vuelve uno más idealista de lo que es, notando como un sueño puede dar fiebre y hacer temporalmente felices á tantos seres humanos, y al otorgarles esta felicidad imaginaria, arrancarles su dinero contante y sonante, extrayéndose como se extraen las muelas, según fama, por medio de la cocaína: sin dolor.

La extracción del dinero es, sin embargo, operación difícilísima, generalmente hablando; pero la lotería hace excepción á esta regla. No sólo afluye y chorea el dinero en las Administraciones, sino que la participación en los décimos, una vez expedidos, se convierte en verdadero pugilato. Ahora, por ejemplo, en Túy, hubo quien solicitó llorando y de rodillas una participación. El dinero, al llamamiento de la participación, parece brotar del suelo, cuajarse en el aire y caer en las manos. Es uno de los casos más curiosos y dignos de observarse este furor de desprendimiento interesado que provoca la lotería.

No sólo suscita fenómenos de generosidad: también determina corrientes de superstición. Todo juego (sea ó no sea de azar) posee esta misma virtud. Pero la lotería, juego más general, juego de familia, de todo el mundo, en todo el mundo influye, y revela plenamente que nadie deja de ser supersticioso como un napolitano.

Y es que la lotería, tal cual hoy está organizada, con sus premios fabulosos, su martilleo y sugestión incesante de enriquecimiento súbito, sin esfuerzo ni labor de ninguna especie, es el mecanismo más seguro para barajar sesos que cabe inventar.

Yo no soy opuesta á la lotería. Podría serlo si colocase al Estado sobre el individuo. Como colocó al individuo sobre el Estado, no atribuyo á éste papel de tutor y educador de los adultos, y no le llamo in-moral porque ponga á contribución la esperanza. Quizás la lotería es un gran acierto psicológico. Hay muchos días—y un mes entero, el de diciembre—en que la inmensa mayoría de los españoles creen á puño cerrado que van á ser ricos. En ese plazo de tiempo son felices. No cabe pedir más.

Ni son sólo los españoles. La lotería ha andado mucho camino en Europa y América: se juega en todas partes.

Sin embargo, estoy convencida de que es preciso gastar capa de vueltas de *pelús*, comer garbanzos y concurrir diariamente á la *peña* de un café, para sentir, en toda su intensidad, la emoción y el goce peculiar de la lotería. En esos coros tan hispánicos de los cafetuchos y las tertulias camilleras; en la familiaridad, siempre excesiva, del trato que allí se establece, es donde las jugadas de lotería prosperan y se inflan, absorbiendo el escaso numerario disponible de los concurrentes. Allí es donde el comentario mil veces repetido va creando y cristalizando la leyenda, la eterna leyenda del Dorado, que antaño costó tantas vidas.—Esa leyenda refiere como (y se sabe de público) un negociante arruinado, amenazado de la

quiebra, con el revólver al alcance ya de la mano temblorosa, recibe devuelto un billete de un socio, lo deja indiferente sobre el pupitre—y amatece seis veces millonario.—Esa leyenda refiere como un empleado de corto sueldo, obligado por un compromiso de delicadeza á aceptar un décimo, é imposibilitado por una enfermedad de dar en él participación á nadie, se levanta de la cama donde pensó dejar los huesos, poseedor de seiscientos mil pesetas. Esa leyenda narra como una modistilla, por arriesgar un duro, consigue un dote de seis mil, con el cual se establece. Y esa leyenda, que calienta las cabezas, va contando reiterados golpes de azar, conjuros de hechicería, inesperadísimas venturas que dan vértigo; y no queda nadie sin rascarse el bolsillo, sin tentar á la caprichosa. ¿Quién sabe?.. En estas dos palabras se contiene lo infinito.

Hecho el sacrificio—tanto mayor cuanto más pequeño, porque está en relación con la exigüidad de la bolsa—empiezan los planes. Este período de los planes es delicioso. Vale él solo por un premio; de los grandes. En él se desahoga la fantasía, se expande el deseo reprimido y callado, se desenvuelve la verdadera individualidad. Dime lo que desees y te diré quién eres.

Hay innumerables individuos para quienes el ideal se resume en la aspiración del borracho que decía: «Si yo soy rey, no salgo en todo el día de la taberna.» Al calcular la probabilidad de ser ricos, los borrachos (borrachos no de vino solamente) discurren así. El uno piensa en viajes, el otro en coches y automóviles, aquel en construir, el de más allá en convivir, obsequiar y dar dentera... No es por afán de diferenciarme del resto de la humanidad; es acaso que el ver á la humanidad haciendo perpetuamente el mismo gesto, inspira deseos de inventar otro. Ello es que sé decir de mí, con sinceridad absoluta, que al cruzarme por la mente la contingencia de que un décimo comprado sin ilusión alguna puede obtener premio, no recuerdo jamás que esta idea haya ido acompañada de planes. Se me figura que al día siguiente de ganar el *gordo*—si tal breva me cayese—haría exactamente, y por bastante tiempo, la misma vida que hago hoy. Veo en ella poco de modificable, dada mi manera de ser. No negaré que me alegraría mucho, pues á nadie le amarga un dulce; y sería bien simple quien en esto se la echase de estoico. Los planes y los bruscos cambios de situación es lo que no concibo. Lo primero, por fantástico y vano; lo segundo, por cosa de mal gusto, que huele á *parvenu*.

Y volvamos á los juguetes... ¿Cree algún niño en la venida de los Reyes Magos? Es evidente para mí que no; y con todo eso, nunca como ahora estuvo difundida la costumbre de poner el zapatito. Quizás sucede con esto lo que con los reyes de verdad: hoy casi no existe la ciega, antigua adhesión monárquica, y sin embargo, jamás se ha visto tan afianzada la institución, á prueba de revoluciones. Los niños, diplomáticos precoces, aparentan hallarse convencidos de que tres figurones orientales, de luengas barbas y mantos de púrpura, vendrán la noche del 5 á su dormitorio y les dejarán sobre la camita ó en la ventana un cesto colmado de *lulalós*, como en mi tierra se dice... Y riendo de la candidez de sus papás, los pequeños se aduermen, sin pizca de curiosidad de ver á los Magos, porque no los hay—¡si lo sabrán ellos!

Pierden el tiempo los padres que entran de puntillas; no saben que la inocencia desapareció, huyó del mundo, como de Grecia huyó la moral... Es un tático convenio: los chicos hacen que creen, los padres hacen que aprovechan esa credulidad para sembrar un germen poético en el alma de su prole. Y el nene dice á la nena, cuando la ve extasiada porque los Magos han traído precisamente una muñeca de traje rosa igual á la que ella señaló en el bazar:

—Ére choncha, mujé... ¿No ha de sé igual, si c la mima?

Generalmente, en estas sorpresas meditadas para divertir é impresionar á los niños, quienes se impresionan y solazan son los mayores. Sabemos que el hombre es niño eterno, y que según el gran poeta muerto,

la niña es la mujer que respetamos,  
y la mujer, la niña que engañamos.

La infantilidad que persiste en nosotros toda la vida, se patentiza en bastantes circunstancias, y una de ellas son las fiestecillas llamadas de los *árboles de Navidad* (no entiendo por qué ha de escribirse de Noel; cualquiera creería que nos falta el vocablo exacto y propio).

Lo primero, noto que cuando en una casa se da este género de fiesta, las señoras metidas en años y que no tienen chiquillería, se pirran porque las inviten, y hasta se pican si de ellas se prescinde. Hay un día en el año en que desearían gastar faldellín, llevar

el pelo tendido, un lacito á la izquierda y un hilo de coral rosa al cuello. Si las invitan al fin, el árbol las produce transportes, tan vivos como los que pueden sentir las criaturas: admiran todo en él, los farolillos de papel de seda, los adornos de papel de plata, oro y talco, las monerías pendientes de cada rama; y no sosiegan hasta poder deslizarse en el manguito alguna de esas bagatelas, que por una peseta se compra y que generalmente se ofrece al niño del portero... No es el valor del objeto codiciado lo que despierta la codicia: es el encanto de sentirse criaturas una vez más...

Acaso hemos firmado un pacto secreto para estas debilidades... Es un desquite que nos tomamos, contra la suerte avara, que acorta los contados hermosos días y extiende largamente la gris sábana de la vejez. El día 5 de enero, todos quisiéramos ser niños, y que, mientras dormimos, alguien pensase en nosotros para prepararnos una alegre sorpresa...

El año que va á empezar lleva una fecha llena de recuerdos históricos: ¡1908! Este 8 suena virilmente á patriotismo y huele á pólvora. ¡Cómo varía todo, en el espacio de un siglo! 1908 será, de cierto, el más pacífico, el más burgués de los años—al menos en España.—Se festejará, eso sí, el recuerdo de los sitios de Zaragoza; habrá evocaciones de una época de la cual nos separa tiempo tan corto (históricamente hablando), y un abismo, en lo moral..., pero de cierto no realizaremos proeza ninguna, y los recios aragoneses que se defendieron como leones habrán sido acaso los últimos de su raza...

No hay que echar de menos un período tan cruento y terrible como el de la guerra de la Independencia; lo que si debemos sentir es no poseer actualmente la musculatura moral de entonces. Esta España debilitada y anémica no puede menos de recordarnos, con comparación nada lisonjera, la España que hace cien años daba de sí magnífica muestra al mundo.

1908... Ignoro lo que traerá consigo, pero de seguro no será nada que señale surco muy hondo. Díjese que cada vez se normaliza y encauza más la vida de las naciones. Las guerras son hoy premiosas, lentas, difíciles de estallar. Las revoluciones—otra forma de la guerra, explosión de la civil—escasean, ó puede decirse que han desaparecido. La iniciada en Portugal tantas veces, aborta de continuo; la de Rusia no acaba de brotar franca; es un sarampión retirado. Europa ha entrado en su edad madura, y de América, donde parecía prolongarse el período constitutivo, cabe ya decir otro tanto: está constituida, dentro de su juventud, como pueblo independiente.

No nos reserva, pues, la política, en el entrante año, ni sustos ni alegrías: pasará el año sin pena ni gloria, como esas piecercillas insulsas y esas corridas de toros lánguidas, de las cuales se sale entre bostezo y complacencia. El arte, en este año, ya mordido por la lima á la hora en que mi crónica se publique, ni subirá ni bajará: se mantendrá entre las dos aguas del realismo y del post-romanticismo, que hoy por hoy le bañan. Y respecto á otros acontecimientos..., pudiera adelantar (pero sin salir responsable, porque son cosas que me ha dicho una echadora de cartas, y ya comprenderéis que no merecen fe) lo siguiente:

En Francia se relajará por completo la disciplina militar.

En Alemania enviarán á presidio á Harden.

En el Japón se prepararán muy bien, y sin embargo, no llegarán á enzarzarse con los Estados Unidos.

En Rusia morirá Tolstoy, se arrojarán algunas bombas y estallarán varias minas.

En Portugal continuarán los disturbios y continuarán las instituciones.

En Madrid habrá un horrible incendio.

En San Sebastián, la temporada de verano flojeará. No se ejecutará ninguna pena de muerte.

Lloverán indultos.

Lloverán crímenes espeluznantes.

No faltará un *pendant* á la catástrofe de Riudecañas.

Se estilarn las *sobrefaldas*, que es una moda asaz ventajosa, puesto que lleva mucha más tela, doble hechura, se arruga, pesa y no favorece. Se presta, eso sí, á combinaciones enteramente caprichosas con trajes usados, y *refrescados* ad hoc.

No caerá totalmente el ministerio—gracias á Dios, que estamos enfermos de tanto cambiar sin objeto ni fin.

Y si estas profecías pareciesen aventuradas, recuérdese que el famoso y nunca bien ponderado D. Diego de Torres Villarreal escribió muchas, que unas se cumplieron y otras no, y no le llevaron por eso á la horca. Mi echadora de cartas, sin género de duda, no está ni siquiera á la altura del morabito que en la calle del Cairo, en la Exposición de 1900, me anunció con tal certeza una grave enfermedad para dentro de tres ó cuatro años—y acertó, por desgracia.

EMILIA PARDO BAZÁN.